

SUMARIO

| | |
|---|------------|
| Parte I. El sexo y el cerebro | 11 |
| 1. Mi despertar | 13 |
| 2. Una historia de hechos distorsionados | 17 |
| 3. Cuando se acumulan las evidencias | 25 |
| 4. Innato versus adquirido. | 31 |
| Parte II. El mosaico humano | 39 |
| 5. Cerebros que fluyen. | 41 |
| 6. No solo por el sexo | 51 |
| 7. Mosaico del cerebro humano. | 59 |
| 8. Ahora lo ves, ahora no | 67 |
| 9. En previsión de una cita a ciegas | 73 |
| 10. «Tipos» cerebrales, habituales y raros | 77 |
| 11. Hombres y mujeres sometidos a estrés. | 83 |
| 12. El mosaico de la salud humana | 89 |
| 13. Mosaico de la mente. | 95 |
| Parte III. Qué hay de malo en el género | 101 |
| 14. De lo binario al mosaico. | 103 |
| 15. Ilusiones de género | 107 |
| 16. Lavado de cerebro binario | 115 |

| | |
|---|-----|
| Parte IV. Hacia un mundo sin género | 125 |
| 17. Cómo abordar los mitos de género | 127 |
| 18. Mezcla de géneros. | 135 |
| 19. Educación libre de género | 141 |
| 20. Eliminar la división de género en nuestros hijos | 149 |
| 21. Conciencia de género | 155 |
| 22. Pasar a la acción. | 163 |
| 23. Visión | 171 |
| Agradecimientos. | 175 |
| Notas | 181 |
| Lecturas sugeridas | 197 |
| Publicaciones de Daphna Joel sobre sexo, género y cerebro. | 199 |
| Índice | 203 |

Capítulo 1

MI DESPERTAR

UNA MAÑANA DE VERANO de hace diez años estaba en casa con mis tres hijos cuando oí el silbido de una manguera de agua rota en el exterior de mi edificio de apartamentos. Sujetando al más pequeño de mis hijos, aún bebé, salí al patio, doblé el extremo del tubo de goma de un sistema automático de riego de jardines para evitar la fuga de agua y pedí a mis dos hijos mayores que llamaran a un amigo que vivía al lado. Cuando este llegó, asumí que se haría cargo de la situación. Pero se quedó paralizado, obviamente confundido. Solo entonces me di cuenta de que sabía tan poco como yo de fontanería. Le pedí que sostuviera la manguera doblada mientras yo buscaba la llave para cortar el agua.

Tuve que ver la mirada perpleja en el rostro de mi amigo para ser consciente de mi propio sesgo. Debo admitir que me sentí avergonzada. Siempre había creído en la igualdad entre sexos, y creía vivir mi vida en consecuencia. Y, sin embargo, allí estaba yo, esperando que un hombre se hiciera cargo de una emergencia técnica.

En esa época me llegó una excelente oportunidad para explorar en profundidad mi propio sesgo de género y el de las demás personas: una colega me pidió que me hiciera cargo de un curso de psicología de género que ella impartía en la Universidad de Tel

Aviv. Para prepararme, me pasé un año leyendo libros y artículos científicos sobre el desarrollo de hombres y mujeres desde el momento de la concepción. Como neurocientífica, mi mayor interés era la relación entre el sexo y el cerebro.

Pronto descubrí que muchos científicos, como otras muchas personas, creían que los cerebros femenino y masculino difieren profundamente en algunos aspectos fundamentales, y que esta es la razón de las grandes diferencias entre hombres y mujeres en casi todos los campos, desde las habilidades cognitivas a las emocionales, a través de los intereses y las preferencias, y hasta los comportamientos. Los libros de autoayuda que intentan enseñarnos cómo hacer frente y comunicarnos con el otro sexo tienden a dar por sentada esta creencia.

Según una versión popular de la historia, el cerebro femenino presenta unos centros de comunicación y emoción más desarrollados, y está preparado para la empatía. El cerebro masculino, por el contrario, posee un mayor centro sexual y de la agresividad, y está preparado para construir sistemas.

Esta historia parece ofrecernos una explicación biológica inequívoca de buena parte de lo que nos encontramos en la vida cotidiana. Explica por qué las mujeres son más sensitivas y emocionales, mientras los hombres son más agresivos y sexuales; por qué la mayoría de los profesores son mujeres, y la mayoría de los ingenieros, hombres.

«Son las hormonas, estúpido», se nos dice. En la matriz, prosigue el relato, un gran suministro de testosterona, secretada por los testículos del feto masculino, cambia el cerebro femenino, que viene por defecto, a otro masculino. Por lo tanto, las chicas nacen con un cerebro femenino y los chicos con uno masculino. Los detalles del resto de la historia varían en función de los diferentes autores, pero todos explican por qué hombres y mujeres se com-

portan tal y como reflejan los estereotipos de género. Las chicas son amables y empáticas y los chicos activos y agresivos porque esta o aquella zona del cerebro de las chicas es más pequeña o más grande en los chicos o porque el suministro de tal o cual hormona es diferente en función del sexo.

Hasta aquí, ninguna sorpresa. No importa la naturaleza de los descubrimientos, jamás se interpretan de forma que puedan ser contrarios a los estereotipos de género dominantes. Por ejemplo, durante muchos años se consideró que la amígdala, una región cerebral fundamental para las emociones, era, en promedio, más grande en los hombres que en las mujeres, y, sin embargo, nadie planteó que, en función del tamaño de su amígdala, los hombres eran, por naturaleza, el sexo más emocional. (De hecho, recientes análisis estadísticos han demostrado que no hay diferencia entre los sexos en el tamaño medio de esta región cerebral).¹

El concepto de un cerebro masculino y un cerebro femenino se ajusta bien a la popular visión según la cual hombres y mujeres proceden de planetas diferentes, pero ¿responde a la evidencia científica? Mi propio intento de responder a esta pregunta empezó con un sorprendente estudio que encontré hace una década, mientras me preparaba para impartir el curso de psicología de género.

¿Sabías que treinta minutos de estrés bastan para cambiar el «sexo» de determinadas regiones cerebrales, que pasan de masculina a femenina o viceversa? No lo sabía. Conocer este estudio me llevó a muchos años de investigación exhaustiva que transformó completamente mi forma de pensar en los sexos, el género y el cerebro.

Después de analizar cientos de escáneres cerebrales, descubrí que las diferencias sexuales en el cerebro no se suman sistemáticamente en los individuos para crear cerebros «masculinos»

y «femeninos». El lector ha de tener presente que no estoy diciendo que no existan diferencias entre los cerebros de hombres y mujeres; al contrario, mi equipo ha documentado esas diferencias, como otros muchos científicos. Lo que pretendo plantear es que esas diferencias se mezclan en cada cerebro individual para crear un mosaico único de determinados aspectos, algunos de los cuales son más habituales en las mujeres y otros en los hombres. Esta idea corre paralela con otra que sin duda mucha gente conoce: todos somos amalgamas de rasgos «femeninos» y «masculinos». Pero va más allá: sugiere que no existe el cerebro «masculino» o «femenino», o la naturaleza «masculina» y «femenina».

Antes de describir cómo llegué a la idea del mosaico cerebral y a sus implicaciones, permítanme compartir unos cuantos hechos intrigantes sobre el cerebro masculino y femenino, y cómo la percepción de estos hechos ha cambiado en los últimos siglos.